



Noemí Sabugal. *Hijos del carbón*. Barcelona, Alfaguara, 2020, 334 pp.

ISBN: 978-84-204-5461-0

El sentimiento es fuente de vida; su exceso, de ceguera, confusión y desencuentros: esta idea permanece en la lectura de *Hijos del carbón*; aunque, teniendo en cuenta las fechas, habría que decir los *bisnietos*, como para tantas operaciones que apelan al pasado. En la librería, busco el libro de Noemí Sabugal en la sección de novela y resulta que está en la de ensayo, lo leo y anoto, escucho a la autora y sigo los paratextos y encuentro que podría estar entre las autobiografías. Entonces el comentario se adentraría en ese ámbito tan propio de esta época en que la novela, como una de las artes, se mezcla con la vida; esto es, los valores de la novela son valores de vida. Pero su intercambio tiene resultados dudosos, en tanto los hechos quedan sin explicación inteligible para que las personas afectadas puedan situarse en la nueva situación. Sin embargo, el libro llama la atención sobre los mineros y las cuencas mineras.

Puesto que el libro apela a los elementos materiales del yacimiento: recurre con buen criterio a publicaciones que insisten en la geografía reciente (olvida publicaciones anteriores sobre la trayectoria o los inicios, recordemos a Redondo Vega y su trabajo pionero sobre las explotaciones a cielo abierto); viaja por las diferentes cuencas mineras y da una semblanza de las condiciones de las huellas de la minería: castilletes, pozos, lavaderos, poblados en diferente grado de ocupación o ruina; repite la idea de restauración, sin mucho discernimiento (Las Médulas es una explotación minera a cielo abierto, como la Corta de la Atalaya en Río Tinto); lamenta la agresión y, en demasiados párrafos, el lector que conoció de primera mano una mina, un pueblo, una gente y una cuenca minera, siente que la *mina* ha sido una desgracia (en consonancia con un sentimiento que pulula sobre la actividad de los *hotros humanos* en el Planeta).

Puesto que el *minero* del texto, sea ensayo, novela, autobiografía y ahora también viaje solo ha contribuido con un trabajo penoso, enfermedades profesionales y muchos accidentes mortales, no ha sacado nada positivo y todo el beneficio ha sido para la *empresa*; desaparecieron aldeas, tierras de labor, prados y fuentes; llegaron gentes de lejos o muy lejos que alteraron la esencia del vivir de los lugareños. En fin, puesto que las cuencas mineras todavía son un espacio geográfico vivo merece la pena interpretar los hechos desde otro punto de vista, no para que la autora reescriba el libro como si de una tesis se tratase, sino para tener más criterios de juicio sobre unos territorios para los que la Historia no se ha detenido. Como para todos los demás.

En la charla de despedida de la Universidad mencionaba la transición intelectual y académica que había tenido que hacer, y mantener sin trucos lo esencial de cada momento: en los años setenta, la idea dominante era el progreso mediante la producción y la imagen que la representaba era la curva de obreros, Tm. o valor; años después era la pancarta de manifestaciones y reivindicaciones ante la reconversión y los cierres; luego la imagen sería la del castillete como valor cultural. No recuerdo si ya entonces había añadido el cuarto momento a esa transición, el de la memoria como herramienta para el sentimiento y para la reinterpretación del pasado.

Y, sin embargo, las cuencas mineras están en crisis permanente. La autora, en su vertiente de ensayista, menciona las obras del plan Miner, sus escasos éxitos y sus muchos fracasos; habla con antiguos mineros, con alcaldes y agentes dinamizadores locales, con directores o guías de museos. Todos añoran los buenos “viejos tiempos” y, en su vertiente novelada, dominan la escena el ambiente y el tono supermeganegativos pues va sin períodos en el tiempo y, sobre todo, sin contrapeso social, pues todo ha sido una conspiración contra el *minero*. Si no fuera por la cartografía a gran escala estaríamos tentados a dejarnos llevar por el resultado del trasvase de la novela al ensayo: una conjunción de desgracias. En efecto, hoy, a golpe de clic, se construye un mapa de rentas donde hay municipios con nivel superior a la de los colindantes: son las cuencas mineras en un espacio rural. Y el mapa municipal de lugares de nacimiento de los licenciados o doctores universitarios ¿qué nos diría de las cuencas mineras?

Que la novela es novela, el ensayo es ensayo y su unión un riesgo de ser parcial. Pues olvida el *síndrome del yacimiento* con sus cuatro etapas, sus gentes y sus vidas: descubrimiento e inicio con mineros locales campesinos; expansión con locales e inmigrantes, ya mineros en exclusiva, crecimiento demográfico y urbano; crisis y cierre con una bifurcación insidiosa: los mineros ganan salud y descanso mientras las cuencas mineras languidecen. En la cuarta etapa, se olvida

que el territorio ha devenido en simple terreno, sustituye a las personas y se instala el sentimentalismo. Una *maldición del yacimiento* que hoy se quiere evitar en otros lugares de *nuestro aquí*.

Tomás Cortizo Álvarez.

Geógrafo.